

Desarrollo, resistencia y cambio. Una mirada desde la estepa rionegrina*

PAULA GABRIELA NÚÑEZ*
SANTIAGO CONTI**

Artículo recibido: 24 de julio de 2012

Artículo aprobado: 14 de septiembre de 2012

Para citar este artículo: Núñez, P. G. y Conti, S. (2012). Desarrollo, resistencia y cambio. Una mirada desde la estepa rionegrina. *Desafíos*, 24 (2), pp. 135-165.

Resumen

En este trabajo recorreremos la noción de resistencia no violenta a partir de indagar en una experiencia rural de la estepa rionegrina. La iniciativa que analizamos pone en evidencia la necesidad de reconocer el contexto sobre el cual se plantea el ejercicio de resistencia, el modo en que el mismo se enclava en la revisión sobre la forma de considerar tres aspectos: la valoración e interpretación del espacio, la disputa a la política pública y la reconversión del orden familiar. Estos tres elementos, que superponen aspectos simbólicos con materiales, se debaten a partir de una propuesta de organización del comercio de producciones artesanales domésticas.

* Este artículo se enmarca en los proyectos PIP Conicet “La Patagonia Norte en las políticas nacionales de planificación, 1943-1976” (2011-2013). Dir.: Paula Núñez; y el proyecto “La igualdad de género en la cultura de la sostenibilidad: valores y buenas prácticas para el desarrollo solidario”, Universidad de Valladolid, España, dirigido por Alicia Puleo (2011-2013). Asimismo, se inscribe en la Beca Doctoral PTG I Conicet (2012-2015) de Santiago Conti, con el proyecto denominado “Procesos psicosociales de subjetivación en experiencias asociativas y autogestivas rurales. Casos recientes en la zona andina y en la línea sur rionegrinas”.

* Doctorado en Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Correo electrónico: paula.paulagabrielanu@gmail.com

** Doctorando en Psicología (Universidad de Buenos Aires). Correo electrónico: santiago.conti@gmail.com

La noción de “desarrollo” se descubre en los entramados de valores desde donde la reproducción de la subordinación asociada a esta idea, e incluso el desafío del cambio que está en la base de la propuesta, iluminan a la noción de “resistencia no violenta”.

Palabras clave: *desarrollo, Patagonia, economía social, producción artesanal doméstica, mercado de la estepa*

Development, resistance and change. A point of view from Río Negro's steppe

Abstract

In this paper we search the concept of nonviolent resistance inquiring a rural experience from Río Negro's steppe. The initiative highlights the need to recognize the context of the resistance exercise and the consideration of three aspects: the evaluation and interpretation of space, the dispute to public policy and the restructuring of the family order. These three elements, which overlap material and symbolic aspects, are discussed from an organization of trade domestic craft production. The notion of “development” is discovered on the basis of the frameworks of values from which the reproduction of subordination is associated with this idea, and even the challenge of change is the basis of the proposal which reviews that development idea, and illuminates from this complexity the notion of “nonviolent resistance”.

Keywords: *development, Patagonia, social economy, domestic craft production, steppe market*

Desenvolvimento, resistência e mudança. Uma olhada desde a estepe de Rio Negro

Resumo

Neste trabalho recorreremos a noção de resistência não violenta a partir de indagar em uma experiência rural da estepe de Rio Negro. A iniciativa que analisamos põe em evidência a necessidade de reconhecer o contexto sobre o qual se expõe o exercício de resistência, o modo em que este se encrava na revisão sobre a forma de considerar três aspectos: a valoração e interpretação do espaço, a disputa à política pública e a reconversão da ordem familiar. Estes três elementos, que superpõem aspectos simbólicos com materiais, se debatem a partir de uma proposta de organização do comércio de produções artesanais domésticas. A noção de “desenvolvimento” descobre-se na rede de valores desde onde a reprodução da subordinação associada a esta ideia, e inclusive o desafio da mudança que está na base da proposta, iluminam à noção de “resistência não violenta”.

Palavras chave: *desenvolvimento, Patagônia, economia social, produção artesanal doméstica, mercado da estepe*

Introducción

Las actividades de resistencia no tienen un formato universal, por el contrario, se adecuan a la situación en donde se experimenta la actividad. De hecho, son experiencias que trasladadas de su contexto pueden escapar a la noción de “resistencia”. De allí que nos parezca propio anclar la idea de “resistencia” en la de “saberes situados” (Haraway 1993), puesto que es un saber empírico, de resignificación permanente, donde cobra sentido y relevancia tanto la actividad disruptiva en sí como el contexto en donde se desarrolla, para avanzar desde la reflexión que nos ocupa, en lo que Femenías y Soza Rossi (2011) definen como “teorías trashumantes”, es decir, espacios de conocimiento y debate que permiten vislumbrar el nivel de emancipación de las iniciativas que, por el nivel de cambios que plantean, elegimos entender en términos de “resistencias”. Por ello, a fin de avanzar en estas experiencias de no violencia, proponemos recorrer una iniciativa de organización productiva y comercial que, en el sitio en que se lleva adelante, se plantea como una resistencia al modo en que históricamente se ha desplegado el capital y la organización económica jerarquizada en función de ese orden instituido, erigiéndose en un inicio de cambio estructural.

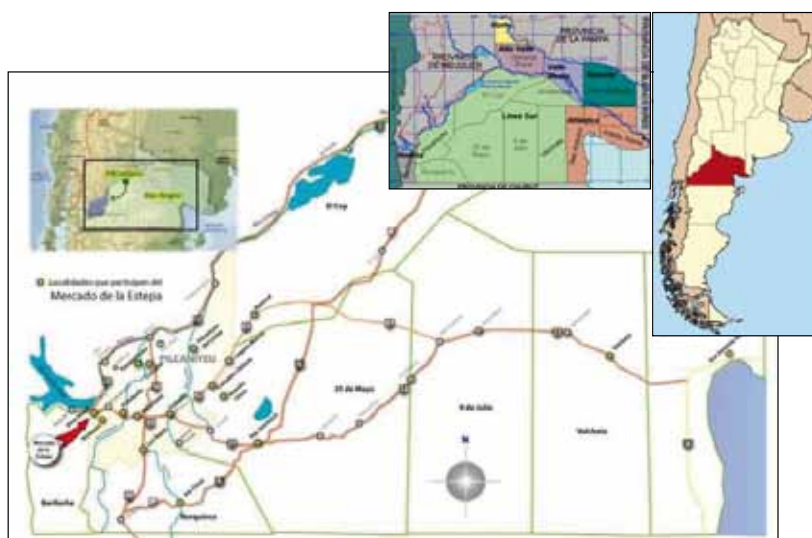
Como decíamos al inicio, los elementos de contexto resultan tan relevantes como las actividades en sí, y en el caso de la experiencia que se va a analizar, las valoraciones históricamente realizadas sobre el espacio en donde se desarrollan son particularmente interesantes. El presente trabajo recorre una experiencia de organización en una región particularmente relegada de la República Argentina, la estepa de la provincia de Río Negro, denominada en adelante “Línea sur”.

Esta área, ubicada en la región patagónica del país, ha sido históricamente invisibilizada, siendo caracterizada por diferentes estudios fuera del esquema productivo central (Dell’Angelo et ál., 1961). Desde muy tempranos informes, la región ha quedado asociada a producciones monopólicas, como la explotación de oveja merino (Sarobe, 1935), que dejó fuera de consideración a iniciativas de trabajo de pequeña y micro escala (Núñez y Conti, 2012). Estas actividades omitidas han sido igualmente llevadas adelante por muchos pobladores de

la región, sobre todo la población femenina, aunque no en forma exclusiva. Pero como estos pobladores se han caracterizados por sus necesidades, se ha ignorado recurrentemente sus capacidades y el potencial de sus actividades. Frente a esta situación, en las páginas que siguen se presenta una experiencia de organización que busca, al mismo tiempo, afianzar y visibilizar estas prácticas productivas ignoradas, permitiendo, a partir de esta organización, la revisión del modo en que se ha estructurado esa invisibilidad en el tiempo.

Figura 1

Detalle geográfico de la provincia y la región



Fuente: Mercado de la Estepa ME1

La trama simbólica de la subordinación

Un primer elemento que considerar es un repetido argumento para fundamentar la permanente valoración peyorativa. El mismo sostiene que las características de la población se justifican en el paisaje. La permanente referencia a un entorno inhóspito reitera de modo recurrente las dificultades para la subsistencia, y de allí se desprenden supuestos de debilidades y carencias de la población que niegan la posibilidad de potenciar capacidades.

Contra la idea de destino manifiesto que subyace en la aseveración previa, la invisibilidad que se busca revisar, vista a lo largo del tiempo, tiene elementos que trascienden a la región que nos ocupa para fundarse en el modo mismo en que la Patagonia se ha incorporado al país. Esto reitera los elementos de contextos mencionados al principio y nos permite sortear el foco exclusivo en el territorio que nos ocupa para tomar como constituyente una configuración territorial más amplia, la de la Patagonia en su conjunto, para, desde allí, indagar en la forma en que se ha reconocido el espacio de línea sur.

Sombras en Patagonia

La Patagonia está atravesada por una invisibilización territorial de larga data, que impactó en forma diferenciada en esta vasta región. La Patagonia argentina se inscribe en los territorios que se incorporan a fines del siglo XIX al Estado nacional (1884), cuando este ya estaba formado. Para incorporar estos espacios se llevó adelante el desmantelamiento de las organizaciones sociales de pueblos originarios, a partir de un avance militar que implicó el desconocimiento del derecho a habitar el espacio de esas poblaciones, con el avance conocido como “Campana del Desierto”. Desde esa apropiación violenta se fue dando lugar a la construcción del espacio como parte de un Estado bajo la figura de *territorio nacional*, una estructura legal que asumía a los pobladores de estos *territorios* como incapaces de elegir sus propias autoridades o a las autoridades nacionales, quedando todas las decisiones que afectaban estos espacios en manos de un gobierno central que nunca desarrolló un plan de crecimiento regional, justificando la permanencia de la subordinación y la falta de obras en la lejanía y aridez de un paisaje, donde la población se subestimó en forma permanente hasta casi la mitad del siglo XX (Navarro Floria, 2007).

Este proceso no sólo se inició en Argentina. Al otro lado de la cordillera, en Chile, la “Pacificación de la Araucanía” compartió con la iniciativa argentina el desembarco de un conjunto de estrategias de poblamiento diferenciado, con jerarquías valorativas que implicaron el aniquilamiento, la subordinación y la dominación de las poblaciones mapuches, favoreciendo una colonización que, en el caso de la

Patagonia argentina va de la mano con la distribución de la tierra en latifundios.

Tomando en consideración estos antecedentes, sostenemos que las iniciativas raciales que se presentan como fundamento del avance militar se vinculan de modo directo a una cierta consideración relacionada con el tipo de actividades consideradas legítimas. Así, la llegada de capitales privados se vincula a la construcción del Estado nacional sobre la región, que desde sus momentos iniciales reconoce de modo diferenciado ciertas actividades, desvalorizando otras.

Vale mencionar que los capitales que se reconocen como legítimos —desde un Estado que configura el apoyo de la estructura legal— lejos de plantearse un esquema de desarrollo regional, fueron progresivamente alineándose con los intereses del espacio económico central de Argentina, la pampa húmeda, al punto de acompañar la fragmentación de intervenciones para adecuarlas al crecimiento de ese centro (Girbal, 2008), debilitando cada vez más las redes vinculares dentro de la propia región patagónica (Núñez, 2003).

Núñez (2011) plantea que la configuración territorial puede homologarse a formas de dominación de género, porque los argumentos que sostienen la necesidad de decidir sobre la población apelan a metáforas que vinculan el paisaje y la naturaleza a imágenes femeninas que reiteran la idea de dependencia. El nivel de subordinación, donde la idea de un territorio reducido a la noción de recurso dio lugar a la omisión de las formas republicanas más básicas, porque la tierra asumida como mujer-productora se asumió con otro carácter de género, el de la minoría de edad fundamentado desde una escasa demografía, que permitió justificar que desde un espacio más poblado se pudiera decidir sobre los intereses de la región en forma más acabada que los propios pobladores, sólo por su número. Desde las metáforas con las cuales se justifica la subordinación, Núñez propone la idea de “feminización del territorio”, para dar cuenta de la permanente referencia a un Estado-padre que quedó instalado en el imaginario como remediador de problemas y que, por la permanencia de la metáfora, opera como una de las trabas para concebir las soluciones a partir

de la organización de la propia población, limitando los procesos de reconocimiento que nos ocupan.

Siguiendo a Ruffini (2007), podemos pensar que la perdurabilidad de los principios fundacionales que dieron origen a los territorios nacionales habla de elementos de larga duración que no se pueden soslayar si se plantea críticamente el proceso de integración del territorio argentino. Las propias nociones de nación y ciudadanía se ponen en juego, proyectando matices sobre aquello considerado como resistencia, donde los elementos simbólicos y los materiales se entrecruzan como base de la pervivencia del ejercicio de integración desigual. Siguiendo a Polak (2012), las provincias patagónicas aún son consideradas por algunos/as autores/as como periféricas y por otros como des pobladas, con una autonomía limitada producto de la baja demografía.

Estos elementos pesaron especialmente en la región de la línea sur. Descripta a principios del siglo xx como una parte estructural de la producción, con plantaciones y cría de ganado asociado al enorme comercio que existía entre Chile y Argentina por la región del Nahuel Huapi (ver figura 1), con el paso del tiempo la desmantelación de ese comercio, la transformación de la frontera en ámbito de conflictos y, sobre todo, la subordinación del desarrollo regional a los intereses del espacio central de Argentina, entre las décadas de los treinta y cincuenta, la línea sur se fue configurando como un punto de fuga del desarrollo, situándose fuera de las principales planificaciones de crecimiento económico para la región. Estos elementos cobraron un peso cada vez mayor en la segunda mitad del siglo xx, cuando los procesos de redistribución de tierras, los factores climáticos y el reiterado acompañamiento a una actividad sobre otras (la explotación extensiva de ganadería de oveja merino), generaron una estructura productiva muy débil, la cual en la década de los noventa se vio sometida a una de las peores crisis por el desmantelamiento de la principal vía de comunicación: el ferrocarril.

Desde esta “debilidad estructural” recorreremos la experiencia que entendemos como “resistencia” como un contrapunto al proyecto

del Estado nación, inscripto en las estrategias territoriales del capital hegemónico, que tomado como destino desde la mirada instituida, se visualiza con un carácter histórico, inacabado y abierto a la luz de una iniciativa que disputa la configuración territorial en la misma geografía.

La línea sur en la Patagonia

La lógica de desarrollo en la Patagonia siguió un modelo que podemos denominar como insular. Esto es, en algunos sitios, por intereses estratégicos en determinados recursos (petróleo, producción fruti-hortícola, turismo, etc.) se favorecieron los asentamientos. En otras áreas, ligadas a la explotación extensiva como la de la oveja, la conformación estatal trazó los modos más agudos de asimetría como forma clásica de vinculación.

Este es el escenario de la “línea sur” de la provincia de Río Negro que nos ocupa. La clara dependencia de un único producto, lana destinada a la venta sin transformar, fue reconocida por quienes plantean modos alternativos de pensar la producción, y por ende, se constituye en un problema transversal. La caída continuada de precios de este producto y la disminución de los rendimientos, debido principalmente al sobrepastoreo y la consecuente desertización, provocó una disminución de ingresos importante, agudizada en el sector de pequeños productores.

A la luz de la historia, la intervención estatal emerge como ancla de reiteración de la debilidad estructural de la producción. La meseta rionegrina lejos de ser un espacio abandonado, por el contrario muy tempranamente obtuvo intervenciones estatales específicas como la distribución de tierras, el establecimiento de la política de comercialización o la construcción del ferrocarril, que se constituyó en la base material para pensar toda una gran área bajo la denominación de “línea”. Estos elementos, de por sí problemáticos e invisibilizadores de las pequeñas producciones, se debilitan como estructura económica en los noventa con el cierre de un ferrocarril que, a pesar de tener continuidad posteriormente, aún no termina de recorrer el espacio en forma regular y eficiente. El resultado es una región cuya producción se menosprecia en forma creciente, dando lugar a alternativas que reiteran el modelo de producción extractiva a gran escala, como

la megaminería (Núñez y Conti, 2012), con las problemáticas de contaminación y expulsión de poblaciones que acarrea.

Hay una continuidad entre el pasado y el presente cuando se observa la estructuración organizacional que hoy se disputa. De hecho, un elemento que es preciso considerar es que los problemas en el modo en que interviene el Estado se vienen interpelando desde hace casi una centuria. Una de las obras más paradigmáticas en este sentido es el escrito de José María Sarobe, que se edita en 1935, “La Patagonia y sus problemas”. Este texto resume las representaciones sobre este espacio y permite reconocer la fragilidad de la estructura económica patagónica, apoyada mayoritariamente en una sola actividad —la impuesta ganadería ovina— que ya en esos años se veía históricamente afectada por fuertes fluctuaciones en el precio internacional de su principal producto: la lana.

La necesidad de diversificación es un reclamo de larga data que hoy vuelve a reiterarse y por ello nos encuentra abocados a esta temática. En esos años treinta Sarobe vinculó la posibilidad de diversificación en la estepa a los cambios productivos en regiones aledañas y, sobre todo, a la revisión de la situación de la tenencia de la tierra. Una idea para recuperar de Sarobe en el contexto de reflexión que hoy nos proponemos es que en tanto se asuman como prioritarios los intereses de los latifundistas será imposible el desarrollo integral del territorio (Navarro Floria y Núñez, 2011). Y la relevancia de esta obra es que aún hoy el aislamiento geográfico y social son los términos que se toman para caracterizar los niveles de exclusión y marginalidad que se han tornado en la normalidad de la región (ME 1).

Sobre esta situación, la presencia estatal ha tenido y tiene un carácter deficiente en términos de infraestructuras de salud, educación y comunicación, con intervenciones asistencialistas en el diseño de acciones que se llevan adelante, porque como decíamos, la población se describe a partir de las falencias, y la intervención que discuten las instituciones estatales busca asumir la emancipación sobre la dependencia, desmantelando las lógicas paternalistas.

La diversificación productiva es la gran deuda, y la experiencia que buscamos compartir se plantea como una cuña en ese orden de subordinación tan instalado, impulsando la artesanía local como forma de revisar y replantear el aprovechamiento de la lana y diseñando una lógica de comercialización solidaria que redunde en una diversificación de las fuentes de ingreso y que se presenta como una actividad que aunque todavía es reducida, es una oportunidad de este territorio con potencialidad para seguir aumentando e incidir en la modificación de la matriz productiva de la región.

El conjunto de fenómenos descriptos da cuenta de la complejidad y heterogeneidad de intereses en pugna y permite dimensionar el nivel de resistencia que implica la organización de una actividad alternativa. Las lógicas de dependencia que se busca dismantelar básicamente se subsumen en los modos particulares en que se ha desplegado el capital por la meseta rionegrina, porque la organización económica naturalizada justifica la subordinación social, con el consecuente conjunto de jerarquías que coercitiva e ideológicamente se han impuesto a los grupos poblacionales. En estos términos se reconoce cómo al interior de este territorio se (re)produce una matriz colonial, en el sentido de subordinación territorial que se solapa a las formas paternalistas en que se resuelve la organización social, que se sostiene y profundiza a través de los vínculos que el Estado nación plantea con la región.

Desde esta noción de experiencia, situada en una geografía y una historia cargadas de resabios subordinadores, con las particularidades que se introducen por esa situacionalidad, las formas en que se plantean las disputas y se consolidan las resistencias tienen caracteres propios que tornan en rupturistas estrategias que, en otro contexto, podrían verse como de adaptación y aceptación. Vayamos al caso.

La propuesta del Mercado de la Estepa y la experiencia en la organización del espacio

El caso que se plantea como resistencia es el que se lleva adelante desde el Mercado de la Estepa *Quimey Pinké*, que es una organización de artesanos y pequeños productores rurales de la estepa rionegrina que comercializan sus productos conforme a los valores de la economía

social y solidaria. Este mercado se encuentra emplazado en varias edificaciones en este espacio, siendo el principal centro comercial el edificado en la localidad de Dina Huapi, ubicada en el cruce de la ruta nacional 40 y la provincial 23, desde el año 2003. El mercado se construyó en un terreno que fuera entregado en comodato por la Comisión de Fomento de Dina Huapi en el año 2001, a partir de donaciones y colaboraciones de entidades públicas, y también de empresas y organizaciones privadas.

El Mercado reúne alrededor de trescientos artesanos/as y productores/as de parajes que se encuentran alejados entre sí, considerando que toda el área rural es de muy baja densidad poblacional ($< 0.5 \text{ hab/km}^2$). Por tal motivo, el modo de organización se rige de acuerdo con un reglamento interno, elaborado de manera participativa por sus integrantes, en cuanto buscó responder a las distintas formas de ordenación que se plantearon desde los distintos parajes y comunidades. En un área de distancias tan importantes, y con una falta estructural de caminos u otras vías de comunicación, el Mercado buscó organizarse en función de las particularidades. Se partió consensuando que la forma de participación sería a través de grupos conformados en cada comunidad (no puede asociarse un artesano aislado); cada grupo comunitario designa uno o dos representantes. De este modo, trimestralmente los representantes de cada paraje integrante se reúnen en asamblea para evaluar las gestiones y coordinar aspectos y acuerdos organizativos del *Mercado*. Entre los acuerdos logrados, la atención al público es un aspecto central. Se realiza por turnos, de acuerdo con un cronograma preestablecido mensualmente que se estructura del siguiente modo: durante los días de semana atienden los socios del grupo de Dina Huapi; los fines de semana queda a cargo de los integrantes de las comunidades más alejadas (dos o tres por turno). Pensado desde su construcción, el *Mercado* cuenta en la planta alta con instalaciones para alojar a sus integrantes durante la estadía (Zubizarreta y Campos Salvá, 2010).

Toda la producción que se comercializa es artesanal. Los productos alimenticios cumplen con habilitaciones municipales o de la comisión de fomento correspondiente. Otro acuerdo fue que de cada venta,

el 10% se direcciona hacia el fondo común del *Mercado*, para afrontar gastos básicos, fijos y eventuales (mantenimiento del edificio, impuestos y seguros, elementos de limpieza, etc.), asegurando su autosustentabilidad.

La organización por parajes también permite coordinar distintas actividades según las necesidades de cada uno, como por ejemplo las actividades de capacitación y formación en temáticas distintas (tanto en técnicas de hilado como en gestión y comercialización, así como en lineamientos del comercio justo y la economía social, entre otras). Esto es posible a partir de la consolidación de convenios de trabajo interinstitucionales, como los suscriptos con el INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria), con el ex PSA (Programa Social Agropecuario), actual Subsecretaría de Agricultura Familiar, y con la asociación civil Surcos Patagónicos. Estas vinculaciones facilitaron la promoción de grupos de artesanos, con el fin de que pudieran incorporarse al Mercado de la Estepa y canalizar comercialmente sus productos. En lo que respecta a la gestión comercial y a los aspectos administrativos, un representante de cada paraje tiene asignada la función de controlar el *stock* de mercadería con el productor que esté de turno en la atención del *Mercado*, así como también recibir las liquidaciones de cada uno de los productores de su paraje.

A partir de varios talleres participativos se realizó una aproximación hacia los efectos y consideraciones de los *socios* sobre qué aspectos destacan de su implicación en el *Mercado*: los aspectos más valorados se vinculan con la construcción y consolidación de valores, por sobre las apreciaciones económicas. Se destacan la valoración personal y la confianza desarrollada, el fortalecimiento de los vínculos basados en la solidaridad y la reciprocidad, la continuidad del *Mercado*, el incremento de participantes, los compromisos asumidos, los aumentos en la calidad de los productos y en la visibilidad del *Mercado*, que se traduce en mayores clientes, y la posibilidad de acceder a otros mercados.

Ahora bien, ¿es factible pensar esta experiencia asociativa como un modo de resistencia campesina? ¿Cómo pensar desde el desarrollo rural cuáles serían indicadores posibles para pensar esta experiencia

como contrapunto a las lógicas sociales paternalistas y a las formas de colonialidad territorial que legitiman el orden económico imperante?

Entre los aspectos fundamentales para discutir la lógica del capital se cuenta la confianza en una lógica alternativa, y la conformación de esta confianza está como sustento de la resignificación individual y grupal que se reconoce en la experiencia. Los lazos afectivos y solidarios trascienden la mera racionalidad económica clásica, que emerge como uno de los centros de sentido de la dependencia.

Al mismo tiempo, la autoestima individual se consolida, gestada desde la socialización que se propone en estas actividades, al dejar de visualizarse en términos de población necesitada y pasar a considerarse como productores/as. Y ello no sólo se inscribe en la acción estricta de producir, sino en el rol social histórico de quienes se descubren en esa labor, ahora valorada desde la configuración del Mercado.

Y aquí volvemos a las consideraciones de género y a la dimensión de emancipación de esta actividad planteada como resistencia. Más del 93% de los/as productores/as asociados al Mercado son mujeres, herederas de una triple invisibilización: por ser pobladoras de esta región, por sostener prácticas productivas de pueblos originarios en el ámbito doméstico, y por ser mujeres, que en su carácter de sustentadoras del hogar quedaron, en este espacio, particularmente atadas a las actividades reproductivas, dejando el reconocimiento económico en sus compañeros varones.

La producción y la comercialización en el Mercado valoran estos tres elementos, trabajando en tornar lo reproductivo en productivo. Esta producción permite una resignificación de las iniciativas hasta entonces entendidas como domésticas, porque las actividades que convocan al grupo no son extrañas. De hecho, alrededor del 70% de los integrantes realizaba artesanías antes de entrar en el proyecto, pero más del 65% de ellos sólo lo confeccionaba para uso personal (ME 1).

De esta situación, que focalizaba la producción hacia el ámbito familiar, con una comercialización informal basada en mercaderes

ocasionales que permutaban los trabajos de hilado y tejido por insumos básicos, se plantea una alternativa sostenida desde una cierta conceptualización de la economía social que apela a valores grupales como la confianza, sustentada en el incremento de la autoestima que resulta en la estructura de la organización legitimada por los integrantes del Mercado, y que enfrenta a los planes y modalidades (históricos) de desarrollo, que solamente atendían y atienden bajo la lógica de acumulación del capital, específicamente para actividades que generen regalías por exportación, para tener como contracara el subsidio como alternativa de la integración desigual.

Por ello uno de los grandes desafíos es simbólico. La resistencia pacífica, vista desde esta experiencia como la transformación de una actividad vinculada a la reproducción de la vida (subsistencia), en una actividad productiva, destinada y valorada por/hacia otros, permite avanzar desde el esquema productivo a la propia interpelación política de los órdenes establecidos. Podemos pensar que esa actividad permite subvertir las heterarquías planteadas desde la colonialidad del poder (Grosfoguel, 2005), inscribiendo el movimiento en la inflexión decolonial (Restrepo y Rojas, 2010) que debate la noción de destino y plantea un horizonte de nuevos órdenes sociales posibles.

Ahora bien, uno de los aspectos para llamar la atención es que esta resistencia, justificada desde lo estructural, no se reduce a ello. La revisión involucra un profundo enraizamiento en las organizaciones familiares más pequeñas. En este sentido, la experiencia nos pone frente a la enorme disrupción que implica esta actividad, dado que no opera a un nivel exclusivo, sino que su potencial se descubre en las múltiples aristas y dimensiones que involucran al cambio.

La propuesta y la experiencia en la organización doméstica

La noción de resistencia no violenta cobra una profundidad especial si se observa su relevancia, no sólo en la arena pública, sino también en la privada. En el caso que nos ocupa, la interpelación a la lógica patriarcal de la administración del dinero en la organización

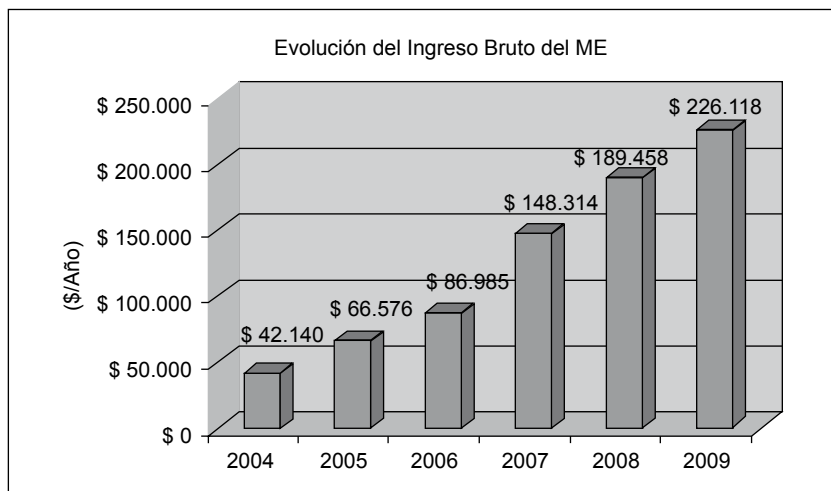
doméstica se puede observar como uno de estos anclajes ambiguos donde los elementos históricamente considerados débiles devienen en fortalezas.

Desde una perspectiva económica clásica, el carácter ocasional del ingreso es considerado como una limitante a la acumulación; sin embargo, en este escenario, los ingresos de las ventas, al no ser montos fijos ni constantes, sino esporádicos, otorgan mayor autonomía al uso en contextos familiares, donde la parte masculina pretende el control total de los ingresos fijos del núcleo familiar. De este modo, el carácter errático de estos fondos, traba la subordinación de la actividad y refuerza, en ese ejercicio, la autoestima. Y son estas mujeres, devenidas en artesanas, quienes administran el dinero de su producción y fortalecen su capacidad de autonomía, otorgando un sentido a la actividad productiva-comercial que trasciende el cálculo economicista. Esto contrasta respecto al modo en que se generan otros ingresos, sea por distribución secundaria (subsidios, planes) o incluso primaria (políticas laborales), cuyos montos son conocidos y, por tanto, ingresan vía la circulación cotidiana del dinero en la organización doméstica. Además, las prácticas del Mercado implican viajes y la movilización de las/os productoras/es, la participación en reuniones y fundamentalmente el encuentro entre pares, que permiten trascender la esfera doméstica para instalar temáticas cotidianas en un ámbito social. En este ejercicio se va construyendo una red afectiva que al momento de justificar el sentido de la actividad, es mencionada en los primeros lugares.

Se plantea así una diferencia que permite este margen de acción, y ese nuevo posicionamiento es el que otorga el sentido de participar en esta iniciativa. Intentaremos complejizar aún más este movimiento, a partir de una pregunta que nos surgió a nosotros como investigadores-participantes al encontrarnos con el esquema de ingreso informado por el *Mercado*: si en el año 2009 las ventas del *Mercado* ascendieron a 226000 pesos anuales, entre alrededor de 260 integrantes, se calcula un promedio de 1000 pesos anuales por integrante.

Figura 2

Evolución del ingreso en el Mercado de la Estepa



Fuente: Mercado de la Estepa ME1

Aquí el interrogante: si este monto representa el 5% del salario mínimo vital y móvil (1800 pesos mensuales; calculado anualmente) ¿en qué medida o cuál es el “beneficio” en términos de mejorar las condiciones de vida? Esta pregunta nos ubicó en un punto central de la economía social, punto que justamente interpela nuestros modos naturalizados de circular (claro, como el capital)... Justamente, por ser una práctica orientada a la “reproducción ampliada de la vida” en términos de José Luis Coraggio (2003), organizadora de una economía-otra, no puede ni merece ser pensada bajo la racionalidad económica con la que se evalúan los programas de desarrollo rural. Los elementos de género, que se explicitan como reivindicaciones por las propias artesanas, e incluso por artesanos que reivindican actividades históricamente feminizadas, interpelan la racionalidad económica clásica con argumentos propios de la economía feminista, buscando abandonar el altruismo propio de las actividades domésticas (Mellor, 2002) para dar lugar al productivo.

En este punto queremos reflexionar sobre los prejuicios y naturalizaciones de quienes nos acercamos a investigar estos procesos. En cuanto pertenecemos al ámbito académico, encontramos que nuestros modos y discursos eurocéntricos (naturalizados) de interpretar la experiencia se encuentran con la imposibilidad de otorgar sentido, desde esa matriz, cayendo en valoraciones economicistas y reduccionistas que asumen al monto que efectivamente se gana como fin último y excluyente. Contra esta visión, la profunda red de valores donde cobra sentido la actividad emerge con una complejidad mucho más amplia. La ganancia material es sólo uno de los elementos, y posiblemente ni siquiera el más importante, puesto que el monto de los ingresos no demuestra ser la principal motivación para incrementar la producción, que es un desafío permanente para el crecimiento, o incluso el mantenimiento, del Mercado.

El Mercado suspende la articulación entre conocimiento y economía, ordenado desde una geopolítica del conocimiento (Walsh, 2004) y nos interpela para complejizar las racionalidades y motivaciones en juego. Aquí encontramos la potencia de estos espacios y apelamos a la noción de resistencia no violenta, dado que se presenta como una línea de fuga respecto a las estrategias territoriales del capital.

Frente a la clásica valoración del monto como sentido excluyente, se descubre esta consideración prácticamente ausente en la experiencia. En su lugar emergen la reciprocidad y el sentimiento de comunidad como una estrategia fundamental. Así, la organización económica, desde este nuevo esquema valorativo, se plantea como alternativa a la multiplicidad de tensiones disgregadoras. Lejos de la racionalidad egoísta, en el Mercado se consolida un ámbito de encuentro, y la visión de los integrantes es que se trata de un “espacio de intercambio que nos da unidad, es decir en donde todos los integrantes venimos a ofrecer lo que producimos”. Y que su nombre “nos da identidad, que es lo que reflejan nuestros productos, ya que utilizamos los recursos y la materia prima que nos brinda el ambiente en el que vivimos y también reflejan el saber hacer propio de quienes vivimos en la estepa” (ME 1).

Hay un enorme trabajo material que va consolidando el cambio simbólico sobre el plano concreto, que a su vez retorna y resignifica el plano de lo atribuido. Por ejemplo, ante la variedad de situaciones en el acceso a la materia prima de las artesanías, el Mercado buscó facilitar la producción y el intercambio; así, dada la relevancia de los productos hilados, se constituyó un banco de fibras, al cual las artesanas pueden recurrir cuando no tienen lana, y la devuelven a valor de la lana hilada. Hay una noción de justicia y confianza que atraviesa el comercio y la organización, pero además hay una fuerte sensibilidad al reconocimiento de los anclajes de sentido de las artesanas hacia su actividad, que permanentemente se descubre mucho más amplia, trascendiendo incluso las vinculaciones humanas.

Vale mencionar el caso del banco de fibras, porque es paradigmático en varios sentidos. Desde el mismo se visibiliza un conjunto de relaciones que nos interesa especialmente pensar como una resistencia de la organización doméstica campesina. El primer banco de fibras se organizó en el año 2007 en la localidad de Comallo, a 110 kilómetros del Mercado. A partir de los préstamos/devoluciones de la lana del banco, se pudo observar que las mujeres retiraban siempre un mismo tipo de lana. Ante esta inquietud, se consultó, y la respuesta fue que dicha lana era mejor para el hilado y la confección de artesanías, y que era la misma lana que sus ovejas domésticas generaban y que no respondían a los patrones históricamente valorados; por ejemplo, era una lana que tenía diferentes tonalidades y con vellones de diferentes largos, en contra de la lana para exportar que es blanca, con un pelo de un largo fijo.

Al ser marcada esa diferencia respecto a las otras lanas, se investigó cuál era el origen de tal distinción y se pudo identificar que esa lana, de mejor calidad para artesanías, provenía de un tipo de oveja que se suponía extinguida, ya que conjuntamente con la conquista del desierto, se introdujo forzosamente la ganadería extensiva de la oveja merino, conocida por su alta demanda en los mercados internacionales. Esta “oveja-otra”, la linca, está siendo hoy fomentada desde el Mercado y las tensiones institucionales relativas a su reconocimiento vuelven a poner sobre el tapete el carácter rupturista de la experiencia

y la constitución del disciplinamiento desde la colonialidad del saber. Desde argumentaciones estrictamente biológicas, la linca aún no se reconoce como raza, con lo cual no se termina de admitir de manera oficial el peligro de la extinción de la especie en términos de biodiversidad. En forma equivalente, desde argumentaciones económicas establecidas, la economía doméstica no forma parte de la producción apoyada por la estructura estatal.

La producción rural que impacta en el imaginario gubernamental continúa siendo la extensiva, como se denunciaba ya en el 35. Como contrapunto, la linca forma parte de una estructura doméstica usualmente atada a ese ámbito de subsistencia que, lejos de ser desestimable desde nuestra lectura, emerge cual elemento estructurante del resto del esquema económico, y posiblemente sea la base fundamental de estrategias de resolución frente a las reiteradas crisis y catástrofes de la región. No es la única especie que se destaca. La gallina araucana, las cabras, los guanacos, e incluso especies vegetales son el anclaje de múltiples relaciones sociales y formas de producción. La socialización hacia ese entorno se descubre tan relevante como hacia otras personas, y desde allí el Mercado también inaugura una nueva dimensión en torno a la idea de sustentabilidad en ese escenario geográfico.

Sin embargo, desde el Estado se ha desestimado este potencial, como a las actividades vinculadas, como a las mujeres que la llevan adelante, como a la región en su conjunto. La oveja linca re (presenta) lo que Escobar (2003) denomina como “diferencial colonial” cuando denuncia la racionalidad instrumental moderna respecto de su propuesta de una ecología política. Este autor convoca a pensar, desde una perspectiva que parta de prácticas que permitan recorrer diferencias culturales, ecológicas y económicas, que en el caso que nos ocupa resultan fundamentales para dimensionar la resistencia ejercida y el cambio que se reclama.

Cultura, ambiente y economía se vinculan desde la invisibilidad que las ha cubierto, y desde el potencial que se les reconoce. Esta imbricación se pone en evidencia cuando se comienza a trabajar, como en este caso, sobre uno: el reconocimiento del valor productivo de las

actividades artesanales, vinculadas a un modo de comercialización social. La comunicación y el intercambio propios de la estrategia trascienden hacia la reflexión sobre el ambiente. La oveja linca no hubiese subsistido sin una fuerte vinculación afectiva que la ligaba a esa mujer que la mantenía como parte de la organización familiar. Y en este punto se destaca que, junto a una lógica propia, los elementos emocionales se explicitan como parte de esa discusión al capital, proponiendo como herramienta de resistencia una organización alternativa basada en el afecto y en la confianza en que ese afecto operará en modo creciente a una mejora económica sustantiva.

El debate sobre la economía social, tensionado entre las propuestas de subsidios y las propuestas de consolidación de modos de producción autónomos se pone en debate, porque la resistencia implica la revisión de la política pública. Hay varias preguntas que resuenan en este debate aún abierto en Argentina. Una síntesis de estas perspectivas se encuentra en el documento elaborado por el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini (CC1), donde se plantean cuatro formas de interpretar el tema: una primera focaliza estrictamente el rol estatal, entendiendo que estas prácticas se enmarcan en políticas sociales cuyo objetivo es la generación de empleo y el mejoramiento de la calidad de vida de la población en situación de pobreza, apelando a consideraciones asistencialistas fundamentalmente porque las soluciones se plantean de “arriba hacia abajo”, es decir, desde un Estado que se sigue considerando sobredeterminante. La segunda perspectiva a la que apela este escrito refiere a la economía social como “economía de pobres para pobres”; cuyas estrategias son de alivio a la pobreza, asociadas a las políticas sociales neoliberales, focalizadas y nuevamente asistenciales, construyendo lógicas de dependencia aún más fuertes que las del esquema previo. Una tercera posición articula con iniciativas ajenas al Estado, y postula a la economía social como crítica al sistema capitalista actual y como acción transformadora, que discute las estructuras capitalistas vigentes, procurando ensayar diversas experiencias a partir de la reflexión desde los propios actores, promoviendo mecanismos de participación y construcción colectiva que son ajenos y extraños a los órdenes establecidos. Una última posición está relacionada con los debates en torno al coope-

rativismo y su relación con la economía social, asumiendo que las cooperativas son las formas fundamentales de este cambio.

Frente a estas descripciones, que entendemos como extremas y donde no podemos ubicar el caso que presentamos, consideramos más propicia la lectura que realiza Coraggio (2003, 2004), quien plantea a la *economía social* como un subsistema dentro una *economía mixta*, donde conviven y se superponen la economía estatal, la economía de mercado clásica y las estrategias de economía social, que se reconocen más por sus diferencias respecto de las previas que por un carácter homogeneizante.

De hecho, la enorme diversidad de esta economía de pequeña y micro escala, las diferencias posibles entre las estrategias urbanas respecto de las rurales, las múltiples formas de la urbanidad y de la ruralidad con las consecuentes vinculaciones posibles otorgan a esta idea de economía social un carácter abierto y en expansión. En tal sentido, entendemos que la perspectiva de una economía mixta, tal como la sostiene Coraggio, permite visibilizar los riesgos de transformar la economía social en un circuito cerrado, en un conjunto aislado, que choca con las múltiples configuraciones territoriales al interior del propio territorio patagónico (Núñez et ál., 2012). Problematizar este enfoque nos permite discutir desde dónde se interpela al Estado, y desde aquí nos atrevemos a pensar: ¿qué área del Estado creemos debería responsabilizarse por la economía social? Aspecto no menor dentro del ámbito político local.

Retomando la historia económica local, encontramos que el capital, cuando se constituye en hegemonía, lo hace reconociendo la autonomía de los empresarios, como subsidiados por el Estado, pero con la libertad de decidir con autonomía sobre sus intereses privados. Es este nivel de economía en el que nos interesa dialogar porque interpela la visión y hasta el modelo estatal, ya que pensar la economía social, por ejemplo, desde el ámbito del Ministerio de Economía, implica un reconocimiento al derecho de autonomía, mientras que situarla en otro espacio, como el del Ministerio de Desarrollo Social, podría implicar priorizar las características de dependencia. Entendemos

esto porque la existencia de falencias ha operado como una limitante para el reconocimiento de capacidades, y en este sentido la reiteración de una concepción restringida de la economía regional actualiza la subordinación desde las estructuras de gobierno hacia la población de la región. Si vinculamos esto con la experiencia del Mercado, podemos pensar que los elementos que nos permiten pensar en el carácter disruptivo y de resistencia son, justamente, la autoestima y el respeto logrados a partir de la valoración simbólica. Ello no implica desconocer la relevancia de los subsidios otorgados, y mucho menos plantear esta propuesta de comercio comunal como antesala a un desarrollo capitalista exitoso, sino cuidarnos de la limitación de cerrar el reconocimiento desde una única lógica de comprensión.

El Mercado de la Estepa no niega el valor de los subsidios, acompañando incluso gestiones de solicitud. Porque desde el Mercado se trabaja por la búsqueda de un punto intermedio que no se opone al Estado ni al capital en sí, sino al reconocimiento excluyente de las formas productivas latifundistas, asociadas a un cierto modelo de Estado y de concentración del capital. La resistencia opera en la expectativa de encontrar reconocimiento estatal, y por su intermedio social, hacia una actividad que, en su proceso constitutivo, requiere de la propia autovaloración de sus protagonistas. Esto sitúa a la experiencia como una marca de cambio y al mismo tiempo como un desafío permanente, dado que el cuidado de las motivaciones, así como la expectativa y el deseo de crecimiento no son obvios en un territorio tan amplio y en una población tan dispersa.

El Mercado propone contener y coordinar el trabajo comercial, al tiempo que diseña estrategias para favorecer el acceso a la resolución de limitaciones históricas a la producción, donde la falta de caminos, de servicios y de comunicaciones se repiten como trabas recurrentes de un Estado que no termina de reconocer el acompañamiento de estas poblaciones. La paradoja llega a tal punto que existen poblaciones que fueron trasladadas para la construcción de centrales hidroeléctricas, que no tienen ni luz ni agua. Pobladores que no existen en una tierra que se asume como deshabitada y que reiteran su reclamo

por sus derechos, no ya desde la violencia, sino desde la organización, con el desgaste y compromiso que ello acarrea.

Dentro del Mercado el avance en estrategias como el ya mencionado banco de lanas, o el diseño y gestión de un lavadero regional en vías de construcción en la localidad de Pilcaniyeu (ver figura 1) se constituyen en desafíos para la organización. Al mismo tiempo, se plantea operar sobre el acceso a los recursos de subsistencia, poniendo en debate al rol efectivo de los intermediarios, a partir de diseñar mercados comunitarios que comercialicen productos de primera necesidad en forma directa, como yerba, harina o aceite, revisando si al sortear los intermediarios los costos de comercialización efectivamente bajan, o si los beneficios del *dumping* de las grandes líneas de comercialización superan las iniciativas basadas en el comercio justo. La revisión de concepciones económicas se proyecta, entonces, hacia todos los planos, tomando cada iniciativa como un ensayo.

La permanente exploración sobre los modos para afianzar la experiencia se reconoce cuando se indaga en las vías que quedaron en un segundo plano. Y en este plano un aspecto no menor es el relativo a los esquemas identitarios que subyacen en esta organización, fundamentalmente el tema de lo étnico. La propia denominación del Mercado, así como la estética de los tejidos, contienen referencias permanentes en este sentido. Sin embargo, este es un tema que no termina de explicitarse. Y esta falta de referencia es un dato de la propia dinámica de presente. Lo étnico juega en el espacio de lo subalterno. De hecho, desde la intervención estatal, lo étnico ha tendido a generar disgregación, estableciendo diferenciaciones antes que encuentros entre la población rural. Desde este esquema, la apelación identitaria a lo mapuche se torna problemática para consolidar formas coordinadas de trabajo; de allí que la reivindicación de lo femenino, como referencia de subalternidad que se debe subvertir, resulte más convocante para el Mercado.

Esta referencia nos lleva a preguntarnos por el papel del pasado. Las reflexiones de Chakrabarty (2008) ponen en evidencia el modo en que lo que no es recuperado como antepasado histórico, aparece

como folclórico, una práctica que parece surgir en este uso étnico de lo mapuche. El punto de tomar como antecedente constitutivo a lo mapuche involucra afrontar los múltiples quiebres que arrastra el uso histórico de la política provincial, pero omitirlo implica, a su vez, suscribir que la historia propia es lo que ha sucedido en otro lugar, en otro tiempo (Chakrabarty, 2008).

Y así retornamos a la conformación de la resistencia que buscamos caracterizar, que en este escenario lleva a disputar un orden establecido desde las mediaciones estatales, favoreciendo el desarrollo de capitales latifundistas con políticas de reconocimiento o crediticias, incorporando quiebres en las redes poblacionales, naturalizando la diferencia y la separación con el establecimiento de alambrados que desconocieron y desmantelaron formas previas y alternativas de vínculos y producciones, con reclamos que quedaron en el folclore antes que en las esferas de la justicia.

La clásica milonga patagónica “Los Alambrados”, escrita por el principal poeta de la región, Marcelo Berbel, es particularmente clarificadora en este sentido y permite vislumbrar una pintura sobre el ejercicio de violencia que forjó la territorialización del espacio:

Que esta tierra era de dios
 Mi padre me dijo un día
 Que era de dios y era mía
 Y no tenía patrón
 Dijo no ver la razón
 De tener miedo a que alambren
 Ya que la tierra es tan grande
 Criolla herencia del paisano
 Hoy de prepo echaron mano
 Hasta ande duerme mi padre
 ...
 Pago donde largos años
 veranaron mis abuelos
 por estas leguas del suelo
 donde yo hoy parezco extraño,

las leyes gauchas de antaño
cayeron al papelaje
le han puesto precio al pastaje
y cercaron las aguadas
quise ser algo y soy nada
ya no es mío ni el paisaje

...

El problema y el pasado se anclan en ese espacio mítico, donde se naturalizó el esquema de latifundios y donde la denuncia quedó enclavada en la música más que en las prácticas. La mediación estatal, revisada desde esta clave musical, también explicita la jerarquía valorativa, pero desde la reivindicación de la diferencia subalternizadora. En el himno de la Provincia de Río Negro, el estribillo repite:

...

Sobre el alma del tehuelche
Puso el sello el español
Por eso vamos alegres cantando
A la conquista de un gran porvenir

...

El “sello” opera como el ocultamiento de personas, valores y prácticas, que por otra parte ni siquiera repara en el enorme poblamiento mapuche, reiterando en el silencio la negación a la población establecida en el espacio. Es en este contexto que la experiencia del Mercado se presenta como de resistencia y construcción de alternativas a la política pública y a las formas clásicas de distribución de capital, es decir, a la mediación histórica del Estado e incluso a las organizaciones familiares jerárquicas que se armaron en este esquema. Es un triple nivel de operación de la violencia que se descubre entremezclado —política, capital, familia—, donde las prácticas productivas abren debates sobre la organización familiar al tiempo que inauguran disputas en la arena política, con el reclamo de leyes que permitan favorecer

estas estructuras económicas de larga data, pero siempre ubicadas en el lugar de lo incipiente e inacabado.

Reflexiones finales

La transformación de lo reproductivo en productivo, como actividad de resistencia, se apoya en un aumento en el ingreso por la venta sostenida de la artesanía, que acarrea profundos elementos de cambio. En el proceso de valoración se encuentra un incremento en la estima personal, en parte por el rescate de saberes ancestrales, en parte por el efectivo ingreso monetario y en parte por la libertad que otorga un ingreso que se incorpora en forma esporádica y permite una práctica de un manejo más independiente.

Y en este punto la noción de feminización del espacio vuelve a ser útil, porque el punto de inflexión que se marca en la experiencia es tornar en valor productivo a actividades históricamente situadas en el ámbito reproductivo. No sorprende en esta línea que quienes se acerquen a esta propuesta de cambio sean mayormente "... mujeres del ámbito rural o semi-rural, naturalmente condicionadas por el medio social y cultural en el que viven, en donde el aislamiento y la reclusión doméstica es una situación corriente" (ME 1). Territorio y género mezclan sus características en un área donde la racionalidad parece desdibujarse en la aridez del paisaje.

Ahora bien, este ejercicio compartido en el Mercado, con estas características de éxito, no debe cerrarse en la observación de un modelo que se desea copiar, sino que es el punto de partida de una reflexión abierta. Porque en relación con la intervención de capitales privados, con lógicas monopólicas, encontramos en el Estado (municipal, provincial y nacional) un elemento de resguardo de privilegios de larga data.

Frente al esquema instituido, la consolidación de la propuesta del Mercado tiene sentido en tanto se materialice una expansión que interpele al Estado y lo lleve a valorar estrategias de incorporación de diversas agencias económicas en su perspectiva. La experiencia muestra un ejemplo que permite pensar un "desarrollo-otro" rural desde este dinamismo de nuevas configuraciones productivas y valorativas.

El nivel de resistencia del caso que nos ocupa nos permite interpelar incluso a los programas de desarrollo rural aplicados en Argentina, dado que estos se centran en aspectos financieros (bajas tasas de interés) y en aspectos cuantitativos que suponen que en automático llevan al bienestar, sin problematizar la base de valores y presupuestos en juego. El desarrollo clásico que se propone no es ingenuo, se vincula a un patrón de poder antes que a una región. Como indica Grosfoguel (2005), desarrollo y subdesarrollo son dos caras de la misma moneda, desarrollo rural es permanencia de la estructura de subdesarrollo instituida, por eso el Mercado es una confluencia de resistencias a esa noción de desarrollo. No se plantea una mejora progresiva de un territorio abandonado, sino una intervención con otra lógica, tomando como centro a otros actores. En esta línea actualiza el reclamo de Sarobe de 1935, pero con la incorporación de valores sociales como fundamento de la alternativa que se busca construir.

Por estos aspectos reconocemos que desde el Mercado se resiste a un capital sostenido desde formatos estatales. En la resistencia desde el Mercado se continuó resignificando el papel estatal, a través de la sanción de la ley de economía social de carácter provincial, que se consiguió por medio de la junta de firmas bajo la figura de *iniciativa popular* prevista en la Constitución de la Provincia, que de hecho se practicó por primera vez con esta experiencia llevada adelante en este espacio tan despoblado. La Ley de Economía Social (Ley N° 4499) se gestionó trabajando la formación ciudadana de quienes pueden estar involucrados en la resignificación en este sentido. De ahí que la relación con la política local y provincial, y el propio diálogo con los dirigentes municipales, sea un problema, porque tras esta visión se plantea la necesidad de remover el miedo al cambio por la autonomía política involucrada, porque los poderes políticos están afianzados en esta noción de destino ineludible, antes que de desafío que se debe abordar.

Esta experiencia no sólo interpela a la organización socioeconómica establecida, sino a la construcción misma de la política y del conocimiento. Retomando a Grosfoguel (2005, p. 77), cabe destacar y tener en claro que “... podemos tener a nivel global un referente común

de lucha que puede ser anticapitalista, antipatriarcal, anti-imperialista, anti-colonial [...] las soluciones que se van a dar a estos problemas no van a ser las mismas en todos los lugares ...”. El Mercado de la Estepa plantea y cuestiona esa direccionalidad y distribución del conocimiento. Su estrategia para permanecer es expandirse y diversificarse. Sumar nuevas agencias, aliarse con iniciativas similares del espacio y discutir, desde ese entramado, el derecho mismo a existir, porque eso es a lo que resiste, a desaparecer, a no ser, a no tener derecho al pensamiento y a conocimiento de esa particularidad que los contiene.

Referencias

- CC1- Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Dep. Economía Política y Sistema Mundial, Área de Economía Social (2011). Estado, políticas públicas y economía social. *La revista del CCC* [en línea], mayo-agosto, 12. Recuperado el 25 de agosto de 2011 de <http://www.centrocultural.coop/revista/articulo/246/>.
- Chakrabarty, D. (2008). *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Barcelona: Tusquets.
- Coraggio, J. L. (2003). El papel de la teoría en la promoción del desarrollo local (Hacia el desarrollo de una economía centrada en el trabajo). Mimeo.
- Coraggio, J. L. (2004). Una alternativa socioeconómica necesaria: la economía social. En C. Danani (Comp.), *Política social y economía social. Debates fundamentales*. Buenos Aires: UNGS, Altamira, OSDE, Colección Lecturas sobre Economía Social.
- Dell'Angelo, G. G., Bussi, G. y Duquennois, H. (1961). *Estudio preliminar para el desarrollo integral de los recursos hídricos del río Colorado*. Buenos Aires: Italconsult, Sofrelec.
- Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, Bogotá, Colombia, 1, 51-86.
- Femenías, M. L. y Soza Rossi, P. (Comps.) (2011). *Saberes situados, teorías trahumantes*. La Plata, Argentina: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, CINIG-IdHCS-Conicet.
- Girbal-Blacha, N. (2008). Desequilibrio regional y políticas públicas agrarias. Argentina 1880-1960. *Páginas, Revista Digital de la Escuela de Historia*, UNR, 1 (2), 1-27.

- Grosfoguel, R. (2005). América Latina: entre la colonialidad y la transmodernidad. Entrevista realizada por Grupo Sigma. *Revista de Estudiantes de Sociología*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 6.
- Grosfoguel, R. (2006). La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales. Transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global. *Tabula Rasa*, 4. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- Haraway, D. (1993). Saberes situados: el problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una perspectiva parcial. En M. C. Cangiano y L. Dubois, *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales* (Estudio preliminar y Selección de textos). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- ME 1 - Proyecto Casa de la Mujer, elaborado por el Mercado de la Estepa.
- Mellor, M. (2002). Ecofeminist economics. Women, work and environment. *Women & Environments*, Sep., 7-10.
- Navarro Floria, P. (Comp.) (2007). *Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Neuquén: Educo.
- Navarro Floria, P. y Núñez, P. (2011). *Un territorio posible en la República imposible. El coronel Sarobe y los problemas de la Patagonia*. Andes. En prensa.
- Núñez, P. (2003). *Un municipio alejado, una actividad tangencial y los efectos de un profundo cambio institucional. San Carlos de Bariloche, 1950-1970*. Tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional del Comahue, Argentina.
- Núñez, P. (2011). *Geografías colonizadas, historias androcéntricas*. II Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos: "Feminismos del siglo xx: desde Kate Millett hasta los debates actuales", Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Núñez, P. y Conti, S. (2012). "Economía y naturaleza. Una mirada desde estepas y montañas. *Naturaleza y Tecnología*, 50, 18-21.
- Núñez, P., Conti, S. y Dondo, M. (2012). *Economías de pequeña y micro escala en San Carlos de Bariloche, el potencial invisible*. III Jornadas patagónicas de investigación en ciencias económicas. Esquel, Argentina.
- Polak, A. (2012). Dios está en todas partes, pero atiende en Buenos Aires. Apuntes sobre la relación entre democracia y federalismo en la Argentina (2002/2006). *Desafíos*, 24 (1), 119-154
- Restrepo, E. y Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Bogotá: Ed. Universidad del Cauca.

- Ruffini, M. (2007). La consolidación inconclusa del Estado: los Territorios Nacionales, gobernaciones de provisionalidad permanente y ciudadanía política restringida (1884-1955). *Revista SAAP*, 3, (1), 81-101.
- Sarobe, J. M. (1935). *La Patagonia y sus problemas. Estudio geográfico, económico, político y social de los Territorios Nacionales del Sur*. Buenos Aires: Editorial Aniceto López.
- Walsh, C. (2004). Geopolíticas del conocimiento, interculturalidad y descolonización. *Boletín ICCL-ARY Rimay*, 6, (60). Quito: ICCL.
- Walsh, C. (2010). “Raza”, mestizaje y poder: horizontes coloniales pasados y presentes. *Crítica y Emancipación*. Buenos Aires: Clacso.
- Zubizarreta, J. L. y Campos Salvá, M. S. (2010). El Mercado de la Estepa “Quimey Piuké”. En R. Cittadini et ál. (Comps.), *Economía social y agricultura familiar: hacia la construcción de nuevos paradigmas de intervención*. Buenos Aires: Ediciones INTA.

